

El Motín

AÑO XXVIII

Jueves 10 de Diciembre de 1908.

Núm. 11

SEMANARIO POLÍTICO

Se publica los jueves

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: 1,50 ptas. trimestre; Año 5.—PROVINCIALES: 1,50 trimes-
tre; Año, 6.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO, Año, 10

PAGO ADELANTADO

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS
Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas
Redacción y Administración: Alberto Aguilera, 34

BUEN PINTOR

En el discurso pronunciado en Santander predicando el bloque, dijo Melquiades Alvarez, refiriéndose á los clericales:

«Ellos han procedido con la táctica de la curia romana, de manera páfida, mientras nosotros, los elementos de la izquierda, nos despedazábamos desuicidamente. Mientras los liberales mendigaban el poder en las antecámaras de Palacio, los socialistas acaban de burgueses á los liberales, y éstos, por miedo á los socialistas, permitían que las derechas afirmaran su obra.

Ellos conocieron que en el seno de la sociedad moderna se desenvolvían dos fuerzas reguladoras: riqueza y enseñanza. La riqueza, que estimula la actividad de todo linaje de apetitos. La enseñanza, fuente perenne de ideas, incubadora de energías individuales y germen de la conciencia colectiva.

Ya lo dijo Leibnitz al rey de Prusia, y yo os repito la frase: «Dadme educación y os entregaré un pueblo». Los reaccionarios comprendieron la importancia del axioma y consiguieron su propósito. ¿Cómo lo consiguieron? Lo consiguieron con sus medios poderosos, con la pasividad del pueblo y con la benevolencia de los liberales, benevolencia que implicaba complicidad unas veces y otras cobardía.

Lo consiguieron con el apoyo de la plutocracia y del trono, con la conquista de la mujer, conseguida en el confesonario, con la ignorancia de las muchedumbres, elementos que aprovecharon para impedir el triunfo de las grandes ideas de la vida moderna.

El resultado fué el renacimiento de las ideas ultramontanas, á las que se quiere dar sanción con una nueva forma del sufragio; ideas que llevan aparejado el predominio del Vaticano sobre la corona; ideas que convierten á España en un feudo miserable y vergonzoso del Pontificado.

En el orden económico, se ha conseguido el resurgimiento de la mano muerta, arrancando los bienes con captaciones, muchas veces infames, siempre ilícitas y punibles.

Este ha sido el fruto de la solapada labor de los hijos de Loyola que han penetrado en el hogar y se han apoderado de las familias, amedrentándolas con la descripción de las penas del Infierno, ó presentándolas la esperanza de un cielo lleno de venturas.

El aumento extraordinario de las Ordenes monásticas es cada día más alarmante; no se dijera otra cosa sino que se proponen convertir este pobre país en un inmenso y triste cenobio. Y en tanto entre nosotros la invasión crece por momentos, convertid vuestra vista hacia el mundo civilizado. En Bélgica, en virtud de una alianza entre liberales y socialistas, está á punto de caer del Gobierno el partido católico. Cuando esto acontezca, y el partido liberal penetre en las altas esferas del gobierno, este gobierno tiene el deber de presentar una ley de Asociaciones análoga á la de Waldec-Rousseau en Francia.

En Filipinas (lo habréis leído hace pocos días en la prensa) se ha presentado, y es objeto de deliberación pública, un proyecto de ley en el cual se somete á las congregaciones religiosas á una capitación especial que les haga imposible la vida en aquellos territorios.

Y entre tanto, cuando sean expulsadas de los países del mundo entero, cuando en todas partes se les ponga trabas á su desenvolvimiento, se acordarán, correligionarios, de que en el extremo occidental de Europa hay un pobre país que Dios les tiene destinado para que les sirva de abrigo, y á él acudirán, innumerables, á tiempo que una emigración considerable de trabajadores abandonan la patria para morir en tierras lejanas.

...Y si esto en el orden político representa la realización de las ideas ultramontanas, y en el orden económico la reaparición de la mano muerta, y en el orden social la invasión de las comunidades religiosas, en el orden de la enseñanza... estáis viendo centenares de soberbios edificios que invaden todas las provincias de España, á donde acude lo más florido de la juventud, y en los cuales se inculca, á la sombra de la superstición y la fe, un fanatismo

imbécil é inútil, embrutecedor de la razón humana.

Síntesis de todo esto, conclusión de todo esto: lo que estáis contemplando, lo que debería avergonzaros, lo que es motivo de indignación para el pueblo español; una juventud que sale de las aulas, rutinaria, frívola, memorista, sin energía en la voluntad, sin jugo en el cerebro, sin amor á los ideales; una sociedad escéptica, hipócrita, pagada de las formas religiosas porque tiene necesidad de simular lo que no siente.

Además de la sociedad hipócrita, además de la juventud rutinaria, tenemos un pueblo resignado y cobarde, sin alientos para la lucha, que no siente los estímulos de la vida por lo mismo que se le acostumbra á pensar en la muerte. Y tenemos más. Tenemos en todos los órdenes de la vida el menosprecio de la virtud; la falta de fe en la justicia; las esperanzas asentadas en la intriga y en el favor; la inacción, el rebajamiento moral por donde quiera, como si este pobre país, por una maldición del cielo, estuviese condenado á soportar el último extremo de la miseria humana.

¿Y habrá quien niegue la prioridad del problema clerical? ¿Y habrá quien lo niegue? ¿Quién lo duda! Hay quien lo niega por conveniencia...

Todo lo que se dice en los anteriores párrafos es cierto; mas no ha ocurrido en tres días. Hace años que la situación es la misma que hoy.

¿Y qué ha hecho durante ese tiempo Melquiades para combatirlo? ¿Qué los liberales para evitarlo? ¿No han estado y están en el Parlamento? ¿Por qué no han alzado allí su voz un día y otro día, y no débilmente, sino con toda la fuerza que reclama el remedio de un mal tan grande?

¡Pobre pueblo, en manos de estos políticos de coche ó penca, que en las plazuelas pregonan las excelencias de sus elixires! Mientras ellos tengan la seguridad de que acudirá presuroso al primer trompetazo ó al primer redoble de tambor, le ofrecerán drogas maravillosas y panaceas infalibles.

Los sacamuelas de palabra sublime son los primeros causantes de la degradación de España.

Desde Santander

Sr. D. José Nakens.

Nuestro querido amigo y correligionario: En el mitin *bloquista* celebrado en esta ciudad el día 29 del mes pasado, se ha permitido el Sr. D. Melquiades Alvarez el *desahogo* siguiente:

«¿Cómo es posible que haya republicanos que se puedan negar á este concurso? ¿Soñando con revoluciones? ¿Engañando al pueblo, que sobre ser fanático es escéptico, con una revolución que no ha de venir jamás; engañando al pueblo para que lo soporte todo en beneficio de los elementos reaccionarios? Quien os aconseja la intransigencia—yo voy á dejar á salvo la pureza de sus motivos—ese no es liberal, ese no es demócrata, y menos republicano. Es un colaborador de los elementos reaccionarios.»

Ya lo sabe usted, Sr. Nakens. Usted y los que como usted pensamos, no somos republicanos, ni liberales, ni demócratas. Somos colaboradores hipócritas de la reacción, y engañamos á un pueblo fanático y *escéptico*, por difícil que parezca engañar á un pueblo tocado de escepticismo.

Pero no ha querido injuriarnos D. Melquiades. Ya antes de llamarnos *engañadores* é *hipócritas*, tuvo la amabilidad de dejar á salvo la pureza de los motivos que nos mantienen fuera del bloque. ¿Como si fuese compatible esta pureza con el engaño y la hipocresía!

Ya habrá usted leído el discurso del señor Alvarez, y no necesitamos llamar su atención sobre el cúmulo de contradicciones que en él campean. Negar que aquí sea posible una revolución, y amenazar con la revolución á renglón seguido; hablar de la impotencia de un pueblo hambriento y sin fe, y admitir la posibilidad de que el huracán de ese pueblo abra á D. Segismundo las puertas del alcázar de los reyes; llamar escéptico al país, para decir después que aquí sería una temeridad intentar la separación de la Iglesia y el Estado, á causa de la intolerancia religiosa de ese país mismo... etc., etc., etc... son *lapsus* que acusan tanta falta de respeto á la lógica como la que el Sr. Alvarez cometió con la Geografía cuando confundió á Génova con Ginebra.

Sólo se ha mostrado consecuente y lógico

D. Melquiades al tocar el tema de la compatibilidad de su republicanismo con la forma monárquica.

Véanse las muestras: «En el mundo hoy no se reputa esencial ninguna forma de gobierno.»

«Ese respeto absoluto á las formas de gobierno es algo absurdo y fuera de tiempo.»

«Hay muchos republicanos que no damos valor esencial á las formas de gobierno.»

«Un socialista como Briand pudo entrar en el Gabinete francés.»

«En una monarquía libre, parlamentaria y democrática, un republicano puede formar parte del Gobierno.»

¿A qué seguir copiando?

Como contestación á la indelicadeza con que ha procedido el Sr. Alvarez al juzgar á los republicanos que no hemos creído conveniente ingresar en el bloque, y en representación del partido federal autónomo de Santander, deseamos hacer constar que el discurso de D. Melquiades Alvarez puede condensarse en un anuncio del tenor siguiente:

Se necesita una cartera.

Que se la den, y... que le aproveche. Rogando á usted la inserción de esta carta en EL MOTÍN, le reiteran el testimonio de su admiración y cariño sus afectísimos correligionarios y amigos, que le estrechan la mano,

FRANCISCO TOCA - AURELIO PIEDRA

El blanco de todos

Echarle al pueblo la culpa del estado actual de España, como Melquiades Alvarez ha hecho, es una solemne majadería, si no es algo peor. Para buscar una disculpa á la vergonzosa evolución que prepara, no necesitaba insultar ni deprimir al pueblo.

Ese pueblo tan adulado en vísperas de elecciones y tan menospreciado y desatendido después que vota.

Ese que eleva á charlatanes veleidosos que lo denigran cuanto se ven arriba.

Ese que emigra para no morir de hambre, mientras se enriquecen los que elevó, algunos poniéndose á la devoción de las empresas que monopolizan servicios que le hacen á él imposible la vida.

Ese que acude todavía á donde los farsantes le llaman, si lo llaman en nombre de la libertad, á pesar de los desengaños que ha sufrido.

Ese que no ha logrado desde la restauración acá llevar á los municipios, sino por rara excepción, hombres que velen por los intereses comunales.

Ese que ha acudido á las urnas siempre que se le ha pedido, sin tener más fortuna al elegir diputados que al votar concejales.

Ese á quien se le vilipendia si calla, se le censura si grita, no se le defiende si se alza, y se le abandona si los monárquicos le persiguen.

No, no es el pueblo ese quien tiene la culpa de que estemos como estamos. Si alguna responsabilidad le cabe, es esta únicamente:

La de no haberles dicho á tiempo á sus directores: «El amo soy yo», y haber obrado en consecuencia.

No habría entonces quien se atreviera á ofenderle, como Melquiades lo ha hecho en Santander.

El pueblo escéptico

Me explico que se le digan las verdades al pueblo, que se le excite, que se le espolee, que se le satirice. Yo lo hice mil veces. Nadie para mí más indigno que el adulator de multitudes.

Y creo más; creo que no es un derecho el que se ejercita al decirle la verdad, sino un deber; acaso el primero de los deberes en todos los que hablan ó escriben.

Pero con dos condiciones: la de que el que se la diga no lo haga para conseguir un fin puramente personal, y la de permanecer á su lado. Fustigarle para justificar el abandono en que se le deja, para pasarse al campo de sus enemigos, es acción cobarde; y si no se me resistiera tanto el empleo de ciertas palabras de grueso calibre, añadiría que villana.

Váyase á la monarquía el que quiera, can-

sado, desesperanzado, ó deseoso de mejorar de posición; mas tenga el pudor de no basar su cambio en la conducta del pueblo.

Porque, aunque realmente fuera lo que dicen, que no lo es, la culpa sería, como ya he dicho, de los que le han guiado y utilizado; nunca suya; de los que le han dado tantos ejemplos de acomodamiento al medio; lo han engañado ofreciéndole lo que no le han cumplido; le han enseñado que cada cual debe mirar por sí únicamente.

La palabra *escéptico*, aplicada al pueblo, no tiene sentido; precisamente es lo contrario. Cree todo lo que le dicen, y lo que es peor aún, en ciertos hombres.

Lo traen y lo llevan con una palabra, á veces nimia, á veces falsa. «¡Vota!», le dicen. Y lo hace. «Deposita tu confianza en éste.» Y la deposita. «¡Ve á la coalición, á la fusión, á la unión!» Y va. Y al final de cada acto de éstos se encuentra con un desengaño nuevo, sin caer por esto en el escepticismo. Por ser así no escupe ahora á la cara de los que le dicen: ¡viva la libertad!, para sacar á la monarquía del atolladero en que se encuentra por haber extremado la reacción.

En el primer tercio del pasado siglo era popular esta coplilla de pésima factura:

«El pueblo ¡miren qué risa!,
porque es pobre es ultrajado;
le llama descamisado
quien le dejó sin camisa.»

La coplilla es hoy de tanta oportunidad como ayer. Llamen *escéptico* al pueblo los que más han trabajado para que llegue á serlo.

Sin conseguirlo hasta ahora.

Consejo desinteresado

Es *El Globo* un periódico liberal de independencia probada que se distingue también por la serenidad de sus juicios. Por esto es de gran importancia esto que ha dicho sobre el ingreso de Melquiades Alvarez en la monarquía:

«Se ha querido radicalizar la significación de un partido gubernamental. ¿En odio á Maura? ¡No! En preparación del ingreso en la monarquía de un republicano sin puesto entre los devotos de la república.

¿Tal y tan importante, valioso, trascendental es ese ingreso? Castelar, cuando vió en leyes las aspiraciones de toda su vida, dió á la monarquía, para que esas leyes vieran y perdurasen, todo un partido, quedándose él fuera para que nadie pudiese creer que su proceder era consecuencia de su afán de provechos personales. ¿Está don Melquiades Alvarez en el caso y en la situación de Castelar? ¿Qué trae á la monarquía? ¿Qué aporta al partido liberal?

Dicen: «Viene del campo republicano.» ¡Sí! Pero viene solo, y en el campo que abandona quedan los más y los que pueden ser peligrosos si vuelven á unirse y á trabajar. Viene del campo republicano. De la revolución vinieron Sagasta, Montero Ríos, Moret, Martos, López Domínguez y Echegaray; de la república vinieron Abarzuza, Celleruelo, Borbolla, Almagro y Fernando González, por abreviar la cita. Y todos se allanaron al partido en que entraban, al credo que aceptaban, al plan que imperaba, al programa que otros habían trazado; lo cual quiere decir, que por la puerta que pasaron sus antecesores puede y debe pasar el Sr. Alvarez, sin exigir que para él la ensanchen y engalanen.»

«En aras de hombre alguno es posible ni procedente sacrificar el presente y el porvenir de un partido. Y para atraer y recibir como dueño y señor á quien á tanto aspira, se impone la obligación de pedirle arras, dado caso de que el partido liberal hubiese llegado á tal carencia de hombres aptos y útiles que necesitase buscar fuera de sus filas su caudillo.»

Despreciado en el partido republicano, discutida la manera con que quiere entrar en el monárquico, el salto de Melquiades no inspira simpatías ni á los mismos con quienes se va.

No se precipite, y piénselo bien antes de marcharse; la situación equívoca en que está desde hace tiempo le será más provechosa para los fines que persigue: procure que no le falte el acta de diputado, lo mismo mandando los conservadores que los liberales, y dedíquese á la caza de Arrendatarios y empresas privilegiadas; y á ver si dentro de poco las apiola todas, como ya tiene á la Azucarera, sin perjuicio de irle poniendo los puntos á las que puedan crearse.

Sea el émulo de Pidal en esto de agenciarse

se sueldos, ya que tan excelentes aptitudes tiene para ello. Que se diga: «Pidal por la derecha y Alvarez por la izquierda lo acaparan todo.»

Un discurso cada dos ó tres años para dar fe de existencia, y á vivir.

Unos cuantos imbéciles le aplicaremos cuando se vaya unas cuantas palabras de las obligadas en estos casos, pero al fin nos cansaremos de repetir las. Nada hay perdurable. Ni el asco.

Créame Melquiades: le tiene esto más cuenta que ingresar en la monarquía. Las señoras de tapadillo ganan más que las matriculadas.

Á DON MELQUIADES

A pesar de lo que le digo anteriormente, si se ha de ir usted al fin, váyase cuanto antes. Deje ya de perturbar al partido republicano.

¿Cree usted seriamente que éste se compone de cobardes y escépticos?

Pues huya usted de él, hasta por dignidad. Un valiente y un creyente como usted no debe seguir confundido con gente así.

La monarquía ofrece ancho campo á sus altas cualidades y merecimientos. Además, aquí no podemos darle ya nada; le hemos llevado al Congreso; su brillante oratoria lo ha orientado hacia los dominios de la Fortuna; está usted ya en ellos... ¿á qué continuar á nuestro lado, si en adelante, aunque quiséramos, sólo podríamos ofrecerle respeto y admiración, tributos de escasa valía para quien aspira á otros más cotizables?

Pero de irse, váyase solo, para no exponerse á que la monarquía le diga: «¿Y esto me traes? ¿Para qué quiero yo cobardes y escépticos? ¿Crees acaso que no tengo bastantes?»

Entréguense usted del todo. Los melindres sientan mal á última hora.

No vaya usted á parecerse á la mujer aquella que concedía á sus amantes todo lo que la honestidad y la decencia vedan, y se creía honrada porque, al llegar á la consumación del acto, exclamaba entre pudorosa y calculadora: «¡Oh! ¡No! ¡Eso no! ¡Eso no!»

¡Animo, D. Melquiades, y á tirarse de cabeza al charco! Para nada se necesita tanta gallardía como para cometer indignidades políticas. A veces lo osado de la acción predispone á la indulgencia.

La nieve es hermosa mientras conserva su blancura. Sucia ya, ¿qué importa el más ó el menos?

Los sensatos

Esos éñervadores de las energías del partido republicano, dicen muy graves y muy solemnes:

«Para traer la República es preciso primero educar al pueblo. Hay que preparar la tierra antes de tirar la semilla. Hay que crear escuelas para educar á los niños; colegios para ilustrar á la juventud; oponer periódico á periódico, propaganda á propaganda; hacer, en fin, lo que nuestros enemigos hacen.»

Pero ¿cómo se hace eso, hermosos? Sin dinero, burlados por los santoncillos del partido (ya no nos quedan ni santones), sufriendo la pesadumbre del Estado, vejados por el caciquismo, faltos de hombres de energía que batallen en las Cortes y de propagandistas que conforten los espíritus en los mítines, ¿cómo y con qué se levantan colegios y se fundan periódicos?

Esto aparte de que, si alguien lo intentara y acudiese á pedir dos pesetas con tal objeto á los que dicen esas majaderías, con seguridad se iba sin ellas.

Por esto lo que hay que hacer no es tirar al surco semillas de sensatez, sino de virilidad, de fe, de entusiasmo; esparcir ejemplos de desinterés y abnegación y preparar al pueblo para que pueda lanzarse, el día que se presente la oportunidad, á reconquistar los derechos que se le han arrebatado ó que se le niegan.

A los pueblos no los salvaron nunca los retóricos, los prudentes; los salvaron los audaces, los arrojados...

Hablar ahora de remedios que, aun cuando fueran eficaces, no podrían producir efecto hasta dentro de veinte ó treinta años, es burlarse de este pobre pueblo que, en último término, es el que se sacrifica siempre por los grandes ideales.

Desde Torrelavega

Sr. D. José Nakens.

Mi estimado amigo: ¿Qué diferencia existe, sino en sustancia, en esencia, entre Bloque y Solidaridad?

¡En caso de que Bloque sea igual á Solidaridad ¿cómo se explica que hombres probablemente ilustres, hayan combatido tenazmente á la segunda, y hoy abiertamente proclamen las excelencias del primero?

Si hasta ayer el republicano ha venido predicando en contra del monárquico, exhibiendo en público sus defectos, y el monárquico ha combatido á sangre y fuego al republicano postergando y anulando todas sus iniciativas patrio-humanas; ¿en qué se funda hoy para establecer pacto y unidos recabar los fueros de la Libertad? ¿Fué mentira lo primero, ó es impotencia lo segundo?

Si ambas cosas, ¿á qué se falseó la verdad y se pregonó y pregonó á diario que los liberales son los más y los mejores? Y si fué cierto, ¿qué conclusiones beneficiosas á la Patria han de obtenerse, cuando la indignidad y la decencia se repelieron de tal forma siempre que la finalidad fué un bochorno al mundo civilizado?

Le quiere su amigo

PEDRO COMPOSTIZO

Amigo Compostizo: No contesto á su pregunta, por que en el texto de este número encontraré mi opinión entera respecto á esa cosa *digestible* llamada bloque.

Cubrir con el nombre de la *libertad* ambiciones, apetitos y apostasías, es para mí más censurable que herirla en el corazón como están haciendo los conservadores.

Y aquí encaja bien el parodiar la célebre frase de madame Rolland: «¡Libertad, libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!».

En esta forma:

«¡Libertad, libertad! ¡En cuántas asquerosas tercerías mezclan tu nombre algunos!»

En derredor del bloque

AL PRIMER TAPÓN...

Mientras D. Melquiades Alvarez, allá en Santander, con brillantes hipérbolos y sonoras paradojas fascina al auditorio que electrizado le escucha y con procaz cinismo acusa al pueblo, en la corte sus aliados, los Moret, los Canalejas, los Azcárate... toda la taifa monárquico-republicano-clerical oficia en el Congreso de sacristanes, ayudando al Pontífice Maura para que saque á flote cuantos despropósitos se le ocurran. Y cabe preguntar al flamante predicador y padre del bloque de las izquierdas: «Diga su señoría: ¿ahí, al Congreso, llega también la influencia directa del anatematizado pueblo?»

¿Son los demagogos los que estorban que usted y sus compañeros presenten y apoyen leyes verdaderamente liberales que emancipen al país de la lepra ensotanada?... Pues si esto no es así, si la vida de España hace treinta años está supeditada á la acción parlamentaria, á la deliberación de las Cámaras donde lucís vuestras figuras, ¿por qué acusar al pueblo de cobarde, transigente y apático?

¿No acudieron sus hijos á defender las Colonias, mientras vosotros en las Cortes preparáis la *débacle*? ¿No acudió á las urnas en 1903, poniendo en vuestros nombres más confianza que merecís?

Pues si todo esto hizo, y sólo vuestras torpezas y ambiciones personales malograron el triunfo de la república, ¿á qué acusar á los demagogos y á la plebe?...

Pero sí, es cobarde, cuando impertérrito oyó la acusación de labios de los culpables sin tapar la boca de quien lo decía con la más ruidosa de las protestas. Ahora es cobarde; no lo fué cuando en lo alto de la barricada, al lado de los Riveros, de los Becerra, de los Sixto Cámara y otros, mordía el cartucho de la pólvora que disparaba contra los enemigos de la libertad.

Dejaos de simulacros, llamadle á verdadera batalla, arrostrad á su lado el peligro que da toda preeminencia, y si entonces no acude ó deserta de las filas, escupidle; pero en tanto... en tanto no es el pueblo; sois vosotros los que tenéis que hacer examen de conciencia y acto de contrición.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo 11-30-1908.

VERDADES

En 1800 Europa—sin contar las islas encavadas en la región polar—tenía 18 habitantes por kilómetro cuadrado, población que llegó á 28 en 1850 y á 41 en 1900.

En 1800 tenía España 23 habitantes por kilómetro cuadrado—cinco más del término medio de Europa;—en 1850 tenía 28—exactamente el término medio,—y en 1900, 36—cinco menos del término medio.

De haber seguido España el crecimiento medio de Europa, hoy debería tener 52 habitantes por kilómetro cuadrado, ó sea una población total de cerca de 26 millones en la Península, en vez de 18,250 millones que hoy cuenta.

Más eíocuente aún es el siguiente cuadro, en el que sólo faltan pequeñísimos Estados y Turquía.

En cien años las naciones de Europa han crecido:

Grecia.....	344	por 100.
Servia.....	320	—
Holanda.....	209	—
Noruega.....	204	—
Rumania.....	194	—
Suecia.....	191	—
Suiza.....	190	—
Bélgica.....	181	—
Rusia.....	179	—
Alemania.....	168	—
Portugal.....	150	—
Dinamarca.....	145	—
Inglaterra.....	95	—
Austria-Hungría.....	84	—
Italia.....	78	—
España.....	59	—
Francia.....	45	—

¿Tendré que explicar el motivo por el cual España ocupa lugar superior á Francia? La natalidad de esta nación es de 25 por 100 habitantes; la de España de 36, tomando un período de cuarenta años.

¿Razones de este fenómeno tremendo, doloroso? La que sirve de tema para estos articulejos: el hambre. Que puedan comer todos por lo menos como en otros pueblos católicos, y cesará el horror que suponen las cifras estampadas.

Y es verdad sabida que pueblo ó nación católica quiere decir lo mismo que bajos salarios, vida cara, ignorancia, miseria..., hambre.

J. J. MORATO

El cura de un pueblo quiere demostrar claramente, de un modo que entre por los ojos, las excelencias de la religión católica. Provisto de un almendruco, sube al púlpito, lo enseña á los fieles y dice:

«¿Veis esta cáscara verde? ¿La comeríais? No. Pues esta cáscara es el protestantismo. ¿Veis esta cáscara dura? ¿La comeríais? No. Pues esta cáscara es el judaísmo. Pero en cambio aquí dentro hay un fruto dulce, gustoso, fresco, y este sí que le comeríais. Pues el tal fruto es, sabedlo, el catolicismo, nuestra santa religión, la única verdadera...»

Lleno de fervor, el cura parte el almendruco y se encuentra con que...

¡Está podrido!

Otro botón

II

Hermano Pérez Bueno: Los vecinos de Jorquera, es decir, los beatíficos feligreses de la parroquia que tú diriges, andan alocados por ahí, preguntando por unos cuadros antiguos firmados por dos celebridades en la historia de la pintura, y que hace algún tiempo se echan de menos en la iglesia.

Lenguas viperinas de hombres heréticos aseguran que en noche de eterna recordación, velados por un impenetrable misterio y empujados por las manos profanadas y reprobables de los mercaderes judíos, los aludidos lienzos volaron como las golondrinas de Becquer, para no volver jamás.

Otras lenguas santas que no se mueven sino para alabar á Dios en salmódias y jaculatorias, execrar á la mala prensa por que llena de inmundicia las conciencias de los cristianos, afirman también que los cuadros han desaparecido, pero de este modo: en noche serena y apacible bajaron unos ángeles del cielo, penetraron en la iglesia jorquera, y allí, entre los suaves arpegios de violines y las seráficas melodías de arpas davidianas, descolgaron de una semi-ruinosa pared los lienzos, que á la sazón estaban cubiertos de polvo y suciedad, y acompañados de la misma célica música, salieron de la iglesia y tendieron su raudó vuelo con dirección á la sábana azul que nos cubre. Y, ¿con qué objeto, diréis, se llevaron al cielo los cuadros? Con el loable y piadoso de hacer un rico presente con varias joyas artísticas, á Dios... á Dios, que ahora resulta que se ha vuelto anticuario.

El relato que hacen los católicos, aunque á primera vista parezca inverosímil, tiene más visos de certeza que el que hacen los antireligiosos y masones. Porque, ¿cómo unos lienzos sagrados pueden haber ido á parar á manos de mercaderes sórdidos? ¿No es más lógíco que seres celestiales se compadecieran del estado lastimoso, por lo sucio, en que el cura de Jorquera tenía las preciosidades pictóricas, y las recogieran para colocarlas en un lugar tan honroso y tan elevado como es el trono de Dios? Así piensan y razonan los hombres.

Yo nada puedo opinar, porque paladinamente confieso no entender mucho más de estas cosas místicas que del idioma sanscrito. Sin embargo, el párroco Juan Pérez Bueno hablará, y quedarán las cosas en su lugar; y de sus autorizados, puros é impecables labios sabremos definitivamente la verdad del paradero de los cuadros que los feligreses de su parroquia e-han de menos hace algún tiempo.—FRAY CALABAZA.

OTRO TIPO DE MONJERO

Don Juan, le llamaremos así porque aún quedan parientes suyos, era un eclesiástico secular chapado á la antigua; buena presencia, más bueno que malo, ignorante mejor que instruido, letras gorditas, conocimientos y cultura de señora mayor libro arriba, periódico abajo; rico, bien relacionado y en posesión de una rectoría bastante productiva.

¿De qué servía en la Iglesia este señor? Realmente de nada. Ni era predicador, ni hombre apostólico, ni místico, ni escritor, ni consagrado al ministerio de los sacramentos, ni á la caridad, ni á la enseñanza, ni aun á la política clerical, entonces reducida á cabildos de carlistas más ó menos ojateros. Su rectoría se gobernaba ella sola al cuidado de un sacristán mayor, clérigo tan inteligente y celoso como mal pagado, si él no se compensaba por el sistema de San Alfonso Ligorio, léase el robo con abuso de confianza.

¿Qué hacía, pues, D. Juan en este pícaro mundo? Dedicábase á confesar monjas exclusivamente. ¿Pero si no conocía la mística, ni el ascetismo, ni le cabían etéreas espiritualidades en la mollera, ni se acordaba de la teología, si alguna vez la supo, ni de la moral casuística, ni del latín siquiera? Pues, cabalmente por eso, ninguno tan á propósito para confesar monjas.

Cinco eran los objetos de su labor: dos en un mismo convento, las otras cada una en el suyo, y de ellas dos de la clase de legas, vulgo zafias fregatrices del místico harén; á eso estaban reducidas las ocupaciones del aparatoso D. Juan.

Y era cosa de verle, á él, rico, indolente, comodón hasta el sibaritismo que puede haberle á un clérigo, andar hecho un azacán, lloviese, ó tronase, ó cayesen chuzos; puntual siempre en cada convento á la respectiva hora de la confesión, que solía verificarse dos veces por semana, y motivaba ocho visitas bastante largas y en sitios que distaban no poco unos de otros.

Mucho no valdría el buen clérigo; pero ¡corcholis!, que por insignificante que le suponíamos, al fin hombre y sacerdote era, amén de adinerado, otra no despreciable dignidad; y ¿no había de dar grima verle calurosamente consagrado sólo á escuchar las majaderías piadosas de cinco gandulonas puercas de la más baja estofa, vulgarotas, feas, ladinas, ignorantes y la mejor de ellas más mala que Santo Domingo de Guzmán?

Pues ellas constituían su vida interior, y por ende la exterior; su mundo, su horizonte, más allá del cual no había otra región que el caos. Que no le hablaran de otra cosa: fuera de los cuatro conventos, de sus intereses, y principalmente los de sus cinco monjas, aquel hombre no veía, no sabía ni quería conocer nada, ni, excepto el de la mesa y el indispensable del lecho, había para él otros placeres y atractivos.

El tiempo que no pasaba metido en el oscuro chisón del confesonario monjal, fumando pitillos mientras cuchicheaba con la penitente amiga del alma, lo empleaba en procurar limosnas para los cuatro conventos, relaciones, solución de litigios ó peticiones de las madres, cuidado de sus bienes en la parte que ellas le confiaban, y ejecución de todos sus caprichos más enojosos. Esto era lo que lo traía bien ajeteado, á veces maltrecho, de acá para allá, no sin ocasionarle gastos, molestias, contrariedades y sinsabores en tonto. Si hubiera cuidado tanto de sus propios asuntos, millonario le habríamos visto sus conocidos seguramente.

Muchos quebraderos le ocasionaban al D. Juan sus palomitas, pero ¿no era nada el ver en su casa, llegados sus días, los del ama, los de cada monja confesada, los del santo patrón del convento y otros de repique gordo, como las Paseas, ver, digo, los platos de natillas ó arroz con leche espolvoreados con canela, cuyo polvillo delineaba sobre la masa el escudo del convento ó las iniciales del confesor enlazadas con las de la monja su penitente? ¿Y el tener siempre un buen surtido de acericos, escapularios, cuadros con marcos de cristal, papel dorado y flores de trapo; amitos y moqueros bordados; albas y sobrepellices rizadas; gorros y zapatillas de pana con adornos de hilillo de oro falso, bollos, dulces secos, tortas y suspiros?

Pues el ser invitado á cantar la misa solemne de tal ó cual festividad, ó á dar la comunión extraordinaria á las madres, asistir á la toma de hábito ó á la profesión, ó por la tarde *ponerse la capa* en la reserva, ¿eran moco de pavo? ¿Y las dulces sesiones de locutorio, amenizadas con rico soconusco, melindres, bizeochos, agua de limón azucarada, almibares, y, lo más dulce de todo, la charla de las divinas hurfías á cara descubierta, sin velo y propicias á recibir por entre los hierros de la reja obsequios *del padre*, que ellas á su vez le pagaban con otros después de haberles dado un significativo bocadito? ¿Y el poder decirse á sí mismo: yo soy de la intimidad de ese misterioso paraiso en la tierra, que no tiene secretos para mí?

Se objetará que cada dulce le salía más caro á D. Juan que el conejo muerto con perdigones de oro al caza lor de afición, y que no valían todas las referidas dulzuras platinicas un sólo disgusto de los trescientos que al año le costaban al buen clérigo; mas quien

tal pensara dándose de sabio práctico, ignoraría que en este mundo los bienes son más subjetivos que objetivos; ó sea que no tienen otro valor que el que les atribuye la apreciación individual desde su particularísimo punto de vista, y aquello es dulce para este paladar, que daría náuseas á otro.

Cada sujeto se construye para sí mismo su Dios, su fe, su política, su mundo y su paraíso, cuyos intermitentes oasis le producen el correspondiente infierno, también necesario como contraste.

A D. Juan no le daban sinsabores sus parientes, ni sus amigos, ni los clérigos de su iglesia, ni su administrador, ni la política, ni nadie, pues las monjas se encargaban de llenar su existencia con alternativas de satisfacción, de ansia y de amargura; ¿no es esto dar á un sujeto la vida?

En llegando la época de elecciones de priora y demás cargos, para D. Juan y para todo cura ó fraile monjero había concluido el sosiego. Visitas, intrigas, cartas, disputas, cuestiones, secretes, añagazas... ¡qué movimiento, qué ansia! Ni una elección presidencial en Nueva York produce á los interesados tantas y tan vivas emociones. Y después de realizado el hecho, aún sus consecuencias motivan nuevos cuidados, por sí la Fulana ó la Mengana quedó en tal ó cual situación, obtuvo ó perdió un cargo, es amiga ó enemiga de la superiora nueva y se ha pasado á su partido ó queda con los contrarios. El confesor y los demás monjeros rivales entre sí, como adheridos á los bandos, son los que han de cargar con lo que todos estos cambios den de sí relacionado con el mundo exterior y con los vínculos de cada monja ó camarilla.

¡Cuántas vidas han consumido en la más perfecta inutilidad ese mundo de los conventos de monjas! ¡Cuántas aptitudes ha desviado ó destruido! ¡Cuántos corazones é inteligencias ha deprimido, turbado, aniquilado, sin fruto para nada! San Juan de Dios habría sido un poeta inmortal si Santa Teresa no lo hubiera hecho un nimio y apocado monjero...

Vivió así nuestro D. Juan más de veintiocho años de su existencia de sacerdote, sin figurarse ni por ensueño lo que iba á sucederle. No le preocuparon ni la revolución de Septiembre, ni la monarquía de Amadeo, ni la república, puesto que no molestaron á sus monjas; la restauración le pareció buena sin sacarle de su indiferencia; todo lo extraño á su mundo le tenía sin cuidado, y llevaba el hombre muy bien sus sesenta y dos años, cuando de pronto le notifican la decisión de León XIII contra el confesionario monjil libre. No se acababan las monjas, pero sí los confesores y por mano de un Papa! ¡Horror! ¡Qué cosas pasan en la nueva Iglesia! decía don Juan, más que consternado, deshecho; todo su universo se le deshacía en un instante. El sacerdote, creyente y obediente siempre, virtuoso si se quiere... ¡maldijo al Papa, al Vaticano, á Roma y á la Iglesia! Así somos, hombres ante todo.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Demolición

Si yo me propusiera derribar un edificio sólido y grande, tendría que acudir á uno de estos dos procedimientos: penetrar en la vivienda ó asaltarla, subir á lo más alto, atar fuertes vigas, colgar de ellas el andamiaje, y desde arriba, poco á poco, ateniéndome á las leyes de la estática, ir demoliendo la cubierta, los muros, los tabiques, los suelos, hasta terminar la obra de destrucción; ó bien, y este es el segundo procedimiento, volar el edificio con dinamita.

¿Cuál de los dos es preferible? El asunto se presta á hondas meditaciones, si aplicamos el símil al edificio social, vetusto, pero plantado en el camino de la vida como un obstáculo insuperable.

Derribarlo pausada y científicamente es, para los hombres que necesitan avanzar con el apremio de esta breve existencia, un martirio de víctima propiciatoria; inclinar la cabeza ante el verdugo; renunciar á toda esperanza, como en el infierno de Alighieri; desheredar á sus hijos ó transmitirles el estigma de la cobardía y de la infamia; sangre estéril, sacrificio inútil, verdadera muerte.

Y entretanto, el edificio social se cuartea, se agria en los tabiques, desplómense los cielos rasos, cúbrese el pavimento de cascotes, y entre las ruinas parciales é interiores que los de fuera no ven, lloran y se retuercen ensangrentadas víctimas sin cuento.

Pero la dinamita, estallando con toda la carga del dolor comprimido, al invertirse los ácidos irritantes que excitaron á la humana y miserable grey, arrasa el palacio y la alquería, trastornando además el suelo y el subsuelo de manera que sea imposible toda edificación.

Es una divinidad ciega, que necesita de lazarillo, y según fuere el que la guíase, igual destrozaría el solio de un tirano que la cuna de un tierno y angelical amor.

La dinamita es un juguete bien terrible para depositarlo en manos de inconscientes ó de infelices degenerados, que ceden á la sugestión misteriosa ejercida por seres invisibles y oscuros, de carne y hueso, como los que inducen á matar presidentes de repúblicas, ó á otros personajes enemigos de la preponderancia eclesiástica sobre el poder civil.

Tiene la Naturaleza sus leyes de equili-

brio y compensación que no permitirían á un déspota plebeyo aniquilar lo existente por mucha cantidad de explosivos que hallara á su alcance. Hay un regulador en la conciencia del fuerte, y así, la dinamita, sus derivados y similares, más se emplean en los barrenos de las canteras para servirnos, que en despedazar cráneos y corazones. El caso de Erostrato se repetirá mil veces en la Historia, como el de César y de cuantos atenten desde la altura contra la humanidad, cargándola de hierro y atraillándola en pos de su carroza de triunfo.

Ni arriba ni abajo perdurará la tiranía; opuestas á la vida son las dos. El cetro, sin niestramente manejado, se quebrará al peso de la justicia que representan las multitudes; el esfuerzo común lo tronchará, lo pulverizará; el rayo de la ira popular lo convertirá en pavesas.

Y las multitudes, cuando aborten un Atila destructor de todas las plantas, feas y hermosas, buenas y nocivas, esterilizador del suelo hasta el punto de no dejar crecer la hierba donde pise su caballo, tendrán un azote en cualquier engendro imperial, que, al encrespase una ola, forma el abismo donde ella misma ha de caer.

Los que tienen nuestra vivienda en usufructo por dejación del derecho natural que nos asiste, bien podrían, si quisieran, reedificarla y abrirla á sus legítimos poseedores. Pero tienen allí sus granjerías, y están muy bien hallados con la paz y la abundancia de que disfrutan á costa nuestra.

No hay, pues, sino arrojarlos por los balcones ó minar la casa, aunque perezca San-són con todos sus filisteos. Ya levantaremos después firmes pilares en el antiguo solar y construiremos nuevo edificio con cristal claro que ninguna cosa oculte, ni aire y luz detenga y rechace.

No llevamos la bomba de gases explosivos que nivela, como la muerte, haciendo tabla rasa del bien y del mal; no forjamos una corona, cobertor del pensamiento ahorrado; vamos con la piqueta al hombro como animosos trabajadores entre las dos tiranías, para acometer por todos los puntos á esa mole, semejante á un monstruoso paquidermo que nos obstruyera el paso en la única senda ofrecida á nuestra actividad.

La piqueta revolucionaria que penetra en lo hondo con tino y apalancando, es el instrumento más conveniente, y lo debemos esgrimir á todas horas, con fieros y redobladó golpes, situándonos en los cuatro puntos cardinales, aprovechando todos los salientes, todos los resqueijos que nos ofrezca esa Bastilla donde la vida yace prisionera. La pluma, el lápiz, la palabra, el ejemplo, son piquetas á que nada resiste cuando el combatiente va con fe y entusiasmo.

Se trata de un caserón que tiene minados los cimientos... Más grande, más fuerte, más poderosa fué la Roma imperial, y sucumbió al soplo de una idea...

ARGOS

Con grande entusiasmo y alegría se ha celebrado en Roma el 60 aniversario de la huida de Pío IX (28 Noviembre de 1848).

Lo comprendo: aquella fuga fué el principio del fin del poder temporal del Papado. Y bien merece conmemorarse suceso tan decisivo para el porvenir de una nación.

Visión negra

A varios jóvenes trasnochadores de Sueca se les figura haber visto á altas horas de la noche salir de la casa del párroco un bulto negro y desvanecerse en el asilo de niñas de la Encarnación, situado frente á la iglesia de San Pedro, dirigido por hermanas de toca.

Tengo dos razones para no creer que sea el párroco.

1.^a Que todos los curas hacen voto de castidad, y todavía está por la vez primera que uno haya faltado á él. Por lo tanto, hay que desechar la hipótesis de que pudiera ir al asilo con esos fines. Esto sin contar con que tampoco ninguna hermana faltó nunca á la castidad, aun sin haber hecho voto. Y

2.^a Porque aun en el supuesto de que Satanás hubiera inspirado una mala tentación al cura, el ama, la sobrina, la criada, cualquiera hembra que en su casa estuviere, se hubiera encargado de desvanecerse por cualquier procedimiento, incluso el de arañarle la sagrada fisonomía ó cruzarle la bendita jeta.

Con que, maliciosos; á envainar la lengua viperina.

HUMORISMO ANTICLERICAL

Con este título se publicará en toda la semana próxima un nuevo libro del Sr. Nakens. Todos los trabajos que contiene responden al título.

Precio, 3 pesetas. A los suscriptores directos á EL MOTIN se les hará la rebaja del 25 por 100.

El artículo que va á continuación pertenece al tomo.

EPÍSTOLA CLERICAL

«Querida Sinforosa: Antes de recibir el abrazo de costumbre, dale un beso de mi parte al chiquitín, que debe parecer un hom-

brecito con el pantalón que le has mandado hacer. ¡Hijo de mi alma y cuántas ganas tengo de verle!

Como te dije en mi última, á la cual por cierto no has contestado, el negocio de la canongía iba perfectísimamente merced á aquellas cinco mil pesetas que me traje sacadas de la hucha en que guardábamos nuestros ahorritos, ó sean los bienes gananciales.

El neo en cuyas manos las puse es hombre práctico en esto de clavetear canongías, y ya se las contaba muy felices, cuando cálate que un acontecimiento terrible vino á secar en flor el arbusto de mis hermosas esperanzas.

Acabábamos de salir del ministerio de Fomento, cuando pasó un chico con un *Extraordinario* anunciando la caída del ministerio canovista.

¿Te acuerdas cómo me quedé cuando aquella maldita bruja nos sorprendió en la sacristía al comienzo de nuestras relaciones? Pues te aseguro, Sinforosa de mi corazón, que aquello no fué nada comparado con lo que experimenté al enterarme de semejante noticia. Si un guardia de Orden público no me agarra, creo que me rompo la corona contra una piedra, porque caí redondo. No te asustes, que al fin no fué nada, pero al más pintado hubiera yo querido ver en mi lugar.

Haber reunido á costa de tantos años de trabajo (nadie como tú lo sabe) unos mil quinientos duros, ya sacando almas del Purgatorio, ya preparando funciones religiosas; un día resposando, otro cantando; éste rifando un niño Jesús, aquél abriendo una suscripción para reparar la iglesia, todo con el santo objeto de ver si podía comprar una canongía para asegurarnos un pedazo de pan en la vejez, Sinforosa mía, y ver que de pronto, cuando creía tenerla ya en la mano, la caída de Pidal daba al traste con todos mis proyectos... ¡Oh que este golpe es superior á las débiles fuerzas de un pobre cura como yo!

Repuesto algún tanto, traté de sondear el estado del ánimo del corredor de benditas, y ¡cuál no sería mi asombro al ver que tras algunas frases indiferentes acabó por decirme que no le quedaban más que unas tres pesetas de las cinco mil que le entregué, y que no podía, por lo tanto, ni siquiera facilitarme la cantidad necesaria para el viaje!

Pero ¡ay! no es esto lo que más te va á escandalizar, Sinforosa querida, sino el saber que me amenazó con acudir á quién dirás? al excomulgado MOTIN, si insistía en que me devolviese el dinero, para que publicara que yo había tratado de cometer pecado de simonía comprando un canonicato.

¡Yo, tu Ambrosio, saliendo á la vergüenza en ese papelucho inmundado é infame! No, nunca: primero perder cuanto tengo, exceptuando á ti y á Carlitos. Por esta razón renuncié á recuperar aquella cantidad, que así Dios permita la emplee en medicinas el canalla que tan impunemente me las ha robado. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Un hombre que no salía de la iglesia más que para ir al ministerio de Fomento, y del ministerio de Fomento más que para entrar en la redacción de *La Unión Católica*!

Todas estas desgracias y decepciones, con otras que te referiré á mi llegada, me han obligado, Sinforosa de mi alma, á disponer para mañana mi viaje, empeñando al efecto el medallón con pelo (este lo saqué y lo envolví en un papelito que metí dentro del escapulario de la Virgen del Carmen) que me regalastes el primer día del cumpleaños que pasamos juntos bajo el mismo techo.

Si, tengo ansia por verme ya á tu lado y al de mi nene, para dedicarme á reponer la cantidad perdida, gozando de las delicias del hogar, ó para estar dispuesto á echarme al campo el día que mi amo y señor se digno ordenármelo. Si este hermoso día llega, sólo le pido al cielo que ponga delante de mí al ladrón que me robó las cinco mil pesetas, para probarle que nadie se burla así del cura de tu corazón.

Un millón de besos al chiquitín y un abrazo para ti á cuenta de los que te dará muy pronto tu presbítero, *Ambrosio*.

1885.

Asnerías

En Rebecq—Flandes—murió un racionalista que había dispuesto que su entierro fuera civil.

Los curas—que en las poblaciones rurales de Flandes aún tienen influencia—aleccionaron y congregaron á buen golpe de fanáticos para que relincharan, ladraran, rebuznaran y gruñeran al paso del coche fúnebre—no se habla en sentido figurado.

Así lo hicieron, y con admirable perfección, según testigos presenciales, hasta que un individuo del acompañamiento, molesto por aquel insólito concierto, amenazó á los aspirantes á animales. Cuando irritado dijo: «al primero que rebuzne le rompo una pata» la multitud calló.

Tuvo la suerte ese individuo de dar con la palabra propia. Si en vez de *pata dice pier-na*, ninguno se da por aludido. «Eso no va con nosotros» hubieran pensado, y proseguido con sus relinchos, gruñidos y rebuznos.

Nunca se recomendará bastante la propiedad en el lenguaje. El *só* y el *arre*, aplicados á las caballerías y á los neos, garantizan mi aserto.

Las Órdenes Militares

(1.º)

Las Ordenes ó Comunidades Militares que disfrutamos en España necesitan un prólogo, siquiera sea éste á salto de siglos.

El imperio romano, como sabe todo el que lo sabe, tuvo su origen en la fábula insulsa é invrosimil de Rómulo y Remo. Los romanos, más guerreros que científicos, marcharon victoriosos por espacio de más de tres siglos, llegando á dominar la quinta parte del mundo conocido. Su estado normal era la guerra.

Pero ya por cansancio en la pelea, ya por la debilidad de sus enemigos, hicieron alto y disfrutaron un largo período de paz en el reinado de Octavio, paz que consigna la Historia con el nombre de «Paz octaviana». Y en este feliz período nació en un establo el que vino al mundo á poner paz entre los hombres.

Pero muerto el Redentor, sus representantes cambiaron su doctrina, y donde aquél dijo blanco, ellos dijeron negro. Y vinieron las discusiones teológicas, y volvió á estallar la guerra, no sólo en las fronteras, sino dentro de la nación, dentro de la provincia, dentro del municipio, dentro del hogar. Y el imperio se dividió en seis imperios. Y el león romano tuvo que volver sus garras contra los enemigos interiores, y dar la cola á los exteriores. Y éstos, al ver que se replegaba, cayeron sobre él como buitre sobre asno muerto. Imperaba en Roma, propiamente dicha, Magencio; y como obispo cristiano Silvestre, hoy San Silvestre.

Y Silvestre (año 311) ofrece á Constantino, que imperaba en Francia, entregarle á Roma si le nombraba jefe feudal de ella y declaraba religión oficial la religión cristiana. Constantino accede, y en unión de su suegro y de un cuñado marcha sobre Roma (año 314). Magencio sale al encuentro de los enemigos, pierde la batalla, y se retira sobre la capital. Pero Silvestre, que capitanea cristianamente la hez del pueblo, le cierra las puertas, y Magencio es preso y decapitado.

Trátase después del reparto del pequeño imperio, y Constantino decapita fraternalmente á su padre y hermano políticos, y se posesiona de los Estados de éstos. Avanza y sufre igual suerte los otros dos emperadores, y queda de jefe único del imperio, y establece la corte en Bizancio, que toma el nombre de Constantinopla.

La esposa é hijo de Constantino le reclaman por su proceder, y ella aparece un día ahogada en el baño y el hijo estrangulado en su lecho. Constantino no era cristiano ni se cristianizó, pero fué elevado á los altares. Tales fueron sus méritos.

El emperador Valente (año 378), en guerra con los persas, muere quemado por los suyos en una cabaña, dejando viuda y dos hijos, uno de ocho y otro de seis años de edad. Y la emperatriz regente, de acuerdo con Dámaso (español), obispo de Roma, dividen el imperio en tres imperios, y nombran emperador de la parte de Oriente y tutor de los dos niños que imperan en Occidente, á Teodosio, general desterrado en España no se sabe por qué.

Y Teodosio (año 380), corta por lo sano, y promulga un decreto declarando única religión en el imperio la que representa el obispo de Roma, que es—dice—la que predicó, según parece, el apóstol Pedro (aún no había santos). Y sometió á los obispos todos al obispo de Roma.—Los que sigan esta religión (del Dios trino y uno)—continúa el decreto—llevarán el honroso nombre de católicos; y los que no, el nombre infame de herejes, sin que puedan formar iglesia, reservándonos Nos el obrar con ellos como nos inspire el cielo.» Teodosio se deshizo luego de sus tiernos pupilos, y quedó jefe de todo el imperio. Y aún no está canonizado.

Muerto envenenado el emperador León y cegado en el lecho por mano criminal su hijo Constantino, la emperatriz regente Irene reunió un Concilio en Nicea (año 786), y restableció el culto de las imágenes, abolido por su esposo. Y el Papa—dice la Historia—respiró, pues quedaba convertido de hecho en emperador de Oriente. Pero por si acaso, aprovechó la ocasión para ponerse bajo el protectorado de Carlo-Magno, quien pasó á Italia y ensanchó los Estados del Papa, donados por su padre Pipino. Carlos elevó á rey al Papa (año 792), y el Papa le consagró emperador de Occidente con el derecho de investidura, que hasta entonces tuvo el de Oriente. Carlo-Magno publicó un decreto prohibiendo ser obispo á quien no supiese leer.

Llegó á ser carga pesada para el Papa, ya rey, el protectorado francés, y Gregorio IV (siglo II), de acuerdo con la emperatriz de la misma Francia, que tenía perder su alma, lanzó al príncipe Lotario contra su padre el emperador Miguel, y éste fué destronado y deshecho el imperio con ayuda también del emperador de Alemania, á quien pasó el derecho de investidura del Papa.

Pero un fraile, de nombre Hildebrando, fué nombrado instructor del príncipe heredero, luego Enrique IV. Hildebrando, con ambición y con talento, escudriñó los más recónditos secretos de los actos públicos y privados de la familia imperial, y conocía más á fondo que el emperador á los alemanes, especialmente á las alemanas.

Y con el relieve que le daba tan importante cargo, se introdujo en el Vaticano y preparó su elección. Vacó el puesto, y con el apoyo de los dignatarios de la corte pontificia, se proclamó Papa con el nombre de Gre-

gorio VII. Enrique IV anula la elección, y fué nombrado en su lugar el cardenal Hugo. Pero Hildebrando, ya Gregorio IV, excomulgó a Hugo, á sus electores, á Enrique IV y á cuantos le sirvan, y nombra á la vez emperador al príncipe Enrique, luego Enrique V, con el apoyo de las emperatrices, madre y esposa, á quienes ofreció Gregorio salvar sus almas. Hugo excomulgó á su vez á Gregorio, y Enrique toma á Roma y lo sitia en Santo Angelu.

Pero Enrique IV fué destronado después de prolongada y sangrienta lucha, y recluido, por su cariñoso hijo, en una fortaleza. Y las emperatrices, suegra y nuera, pasaron á Roma y besaron la santa sandalia. El triunfo de la Tiara sobre la Corona, estaba, pues, consagrado.

Y cosa rara. Ni Igunda, esposa de San Herenegildo, á quien debe el papado la posesión de España; ni Irene, á quien debe el culto á las imágenes; ni la esposa del emperador Miguel, á quien debió el destronamiento de éste; ni las dos emperatrices alemanas, que destronaron al terrible Enrique IV; ni la condesa Matilde, que tenía voto en los Concilios, y que legó al Papa todos sus Estados, más extensos que Cataluña y Baleares juntos (que ahora le donamos); ni Catalina de Médicis, directora de la matanza de liberales en París la terrible noche de San Bartolomé; ni Ana de Bolena, guillotínada por abrazar la causa del Papa (en contra de la del rey su esposo); ni María Estuard, reina de Escocia, guillotínada también por poner su reino á disposición del Papa; ni D.^a Cristina y D.^a Isabel de Borbón, que convirtieron á España en río de oro con el desagrío en el Vaticano... ni tantas y tantas otras que tanto hicieron por el papado, han sido aún canonizadas. ¡Buen ejemplo para las reinas papistas de hoy!

Llegó, pues, el papado á su mayor apogeo en el siglo XI, de tal manera, que se atribuye á Gregorio VII esta exclamación en acto solemne:

—¡Tengo á Dios en mis manos, y á los reyes á mis pies!

Pero había que consolidar la obra, y se pensó en las Cruzadas, en las que tuvieron origen las Ordenes de que nos ocupamos, como verá el curioso lector.

MERCURIO

El artículo siguiente va en esta plana, por haberse recibido cuando ya estaban ajustadas las tres primeras.

¿Hasta cuándo?

El acto realizado por las minorías del Congreso, renunciando á discutir el Presupuesto de Instrucción pública, ha sido un hermoso golpe, bien apuntado y dirigido, pero que no ha dado en el blanco; ha sido una estocada en el aire, un hermoso golpe dado en el vacío.

El Sr. Rodríguez San Pedro, ministro de Instrucción pública, es un hombre inmovible. Impasible se queda, lo mismo si le tiran con el fino florete que con bala rasa de cañón Krup. Y eso, los que le conocen de cerca, debían de saberlo, especialmente el Sr. Canalejas y demás correligionarios en monarquismo que dirigieron la maniobra que no ha dado ningún resultado, pues el Presupuesto de Instrucción pública ha sido aprobado y el ministro se ha quedado tan fresco.

Mejor hubiera sido, en nuestra humilde opinión, discutir largo y tendido, no con la esperanza de que fuese aceptada alguna enmienda, pues ya sabemos que el señor San Pedro se negaba rotundamente á ello, sino que, con el pretexto del Presupuesto, se disertara largamente sobre los importantísimos problemas de la enseñanza, y el país se fuera enterando, que buena falta le hace, del deplorable y vergonzoso estado de la instrucción pública en España.

Estamos seguros de que si el país se diera exacta cuenta del estado de abandono en que los gobiernos tienen la instrucción nacional y lo que ese estado de abandono engendra (atraso, ignorancia y miseria) y si á este país, percatado perfectamente de la tristeza y asquerosa realidad, le quedara un átomo de vergüenza... no miraría esas cosas con tanta indiferencia.

Mientras los gobernantes y representantes de este país no se convencen de que en la Instrucción pública radica la salvación de España, es imposible, enteramente, es inútil esperar nada; y si de ello estuvieran persuadidos nuestros diputados, pues el mal es más grave de lo que muchos creen, no se contentarían con una simple protesta, con un burdo simulacro, si no que en vez de pedir exigirían, en vez de amenazar pedirían, en vez de discursar harían un acto viril, ruidoso, en el que toda la opinión les secundaría.

Por cosas menos graves hemos visto varias veces retirarse del Congreso los diputados de todo un partido.

¿Para cuándo se guardan las actitudes gallardas, los actos viriles?

P. LOPERENA.

EN BILBAO

Con motivo del nombramiento de vocales y suplentes para hacer efectiva la ley de emi-

gración y el reglamento dictado para su aplicación, han presentado los clericales estas organizaciones obreras:

Unión católica del trabajo de Alonsótegui. Asociación obrera León XIII, de La Arboleda.

Unión de obreros capataces de minas de Abanto y Ciérbana.

Unión profesional de obreros electricistas, Bilbao.

Unión profesional de obreros mecánicos, Bilbao.

Unión profesional de obreros albañiles, Bilbao.

Unión profesional de obreros tipógrafos, Bilbao.

Unión profesional de obreros panaderos, Bilbao.

Unión profesional de obreros marmolistas, Bilbao.

Unión profesional de obreros carpinteros y ebanistas, Bilbao.

Unión profesional de obreros moldeadores, Bilbao.

Asociación de obreros católicos, Bilbao. Academia obrera de San Vicente, Bilbao.

Asociación general de empleados de oficina de Vizcaya, Bilbao.

Sociedad Cooperativa de San Vicente, Bilbao.

Sociedad de Socorros Mutuos La Nobleza, Bilbao.

Unión profesional de obreros canteros labrantes, Bilbao.

Unión profesional de obreros forjadores y martilladores, Bilbao.

Academia obrera de San José, Baracaldo. Centro católico obrero, Baracaldo.

Sociedad de Socorros Mutuos de San Vicente, Baracaldo.

Sociedad de ebanistas y carpinteros de Bermeo.

Asociación de fogueiros, habilitados, mecánicos y similares, Bermeo.

Gremio de labradores, Bermeo. Patronato obrero, Bolueta.

Academia literaria obrera, Bolueta. Academia obrera musical, Bolueta.

Academia obrera gramatical, Bolueta. Círculo católico de Elorrieta, Deusto.

La Unión obrera, Deusto. Patronato obrero, Deusto.

Socorros Mutuos de San Vicente, Deusto. Socorros Mutuos de San Vicente, Durango.

Socorros Mutuos de San Vicente, Erandio. Sociedad de inquilinos labradores, Munguía.

Sociedad obrera artístico-musical, Munguía.

Centros de cultura obrera La Instrucción, Santurce (Ortuella).

Centro católico de obreros, Ortuella. Asociación Unión de obreros capataces de minas, Santurce (Ortuella).

Sociedad de Socorros Mutuos de San José, Sestao.

Academia Literario-obrera, Sestao. Sociedad de Socorros Mutuos de San Vicente, Sestao.

Socorros Mutuos de San Vicente, Bilbao. Sociedad de empleados de oficina, Bilbao.

Asociación de obreros traperos, Bilbao. Sociedad de oficinistas comerciales, Bilbao.

Gremio de carboneros, Bilbao. La Sociedad de empleados en madera, Bilbao.

Gremio de obreros electricistas, Bilbao. La Chocolatera, Sociedad de obreros chocolateros, Bilbao.

Asociación de obreros torneros, Bilbao. Gremio de embaladores de bacalao, Bilbao.

La Soleva, Sociedad de cuchilleros, Bilbao. Gremio de gabarreros, Bilbao.

Y, como es consiguiente, triunfó la candidatura católica.

Cuando se apruebe la ley de Administración local, con ayuda de Azcárate, presentarán los clericales esa fuerza, y mandarán en Bilbao.

Y de ese crimen político y social serán responsables los liberales, los demócratas y los republicanos que no apelan á todos los medios para que no pase la ley esa.

Indigna el pensar que estando la cosa así, se nos vengan los del bloque ofreciendo someter al derecho común las Asociaciones religiosas, cuando deberíamos, no expulsarlas, aventarlas, para destruir toda esa organización que se han dado merced á la cobardía si no á la complicidad de todos los liberales, los de la derecha y los de la izquierda.

Se impone cada día más la campaña pidiendo la expulsión de los frailes. Y todo lo que no sea esto, nada será.

Ante los tribunales de Aosta han comparecido dos curas de campanillas—dom Jacod y dom Nicandro—por «haberse apropiado» unos objetos de valor de que era dueña la catedral.

Doy gracias al Señor de cielo y tierra por haber nacido en un país donde el odio sectario no ha llegado aún al punible exceso de perseguir á los curas que roban algo en los templos.

Y eso que apenas pasa día sin que hable la prensa de la desaparición de objetos artísticos en esta ó aquella iglesia.

Aquí somos todos de la madera de Constantino, ó de Carlomagno (no recuerdo bien ahora cuál de ellos), aquel que decía que

echaría su manto sobre el sacerdote delincuente.

Verdad es que si no fuera así, estarían las cárceles llenas de virtuosos ministros del Altísimo. Y padeceríamos mucho las almas piadosas.

Y es preferible que padezcan la equidad y la justicia.

ANDANDO POR MADRID

LA MENDICIDAD

La Alcaldía-Presidencia ha publicado un nuevo bando anunciando el reparto de hojas para suscribirse, y rogando no se dé limosna por las calles.

¡Siempre lo mismo! El elemento oficial pidiendo dinero para extinguir la mendicidad, y los pobres, los desheredados muriéndose de hambre y de frío bajo unas telas clavadas en la pared del cementerio de los Dolores ó del parador del Puente de Toledo ó en otro cualquier sitio. Hay muchos sin albergue viviendo en esa forma.

Hacen lo mismo que los alquiladores de chicos y los que explotan llagas artísticamente pintadas.

El harapiiento muestra su miseria para obtener unos cuantos céntimos; nuestras autoridades piden unas pesetas para remediarla y encierran al que cogen, no por su voluntad, á la fuerza.

¿Es para socorrerle? No, porque en ese caso iría con gusto el mendigo.

Es para ocultarle á la vista de los demás. No remedian el mal, lo tapan.

No curan las llagas, les ponen traje de caridad.

La más hermosa de las virtudes convertida en reclamo de barraca.

Recuerda esto la anécdota de aquel usurero arrepentido, de quien decía uno de sus amigos:

«Donde va D. ..., allí va la caridad más espléndida...»

A lo cual contestó una de sus víctimas:

«Y para que luzca espléndidamente su caridad ha tenido antes buen cuidado en hacer el mayor número posible de pobres.»

Eso hacen las autoridades; estrujan con las contribuciones, impuestos, consumos, etcétera.

Dificultan toda iniciativa.

No proporcionan medios de que con trabajo pueda ganarse dinero.

Y después que arruinan... protegen caritativamente.

Hay, sin embargo, una diferencia con el usurero; aquí socorría de su bolsillo, éstos piden á los demás.

¿Quiéren ustedes saber lo que hacen con los pobres?

Bajan al Asilo Tovar, en el Paseo de los Pontones, vean cómo están allí, y se horrorizarán; parecen galeotes. No da lástima verlos; da ira contra los que allí se ponen; su ciedad, insectos de todas clases, frío, mal olor, todo eso se percibe. Los desgraciados, sin ropa, con el pelo en desorden, mezclados unos con otros, una dura tarima por cama, una sucia manta por todo abrigo...

Los socios de la conferencia de San Vicente de Paul allí tienen materia abundante. Los caritativos de oficio allí tienen donde lucirse.

Las damas que envían miles de pesetas á comunidades y colegios pueden enviar un puñado de ellas, en la seguridad que será la limosna más provechosa.

Seis ó siete años hace que se construyó el asilo, debido á la filantropía de un aristócrata; ni una sola vez ha sido visitado por los señores ó señoras que hemos indicado. El edificio no es malo; su cuidado... como del Ayuntamiento. No hay temor de encontrarse allí con ningún concejal. Se está mejor al abrigo de una buena chimenea redactando un bando que diga:

«Guardias! Recoged esos mendigos.» «¡Vencinos! No dar limosna en la calle, que se mantiene el vicio; traed aquí vuestras pesetas de la caridad, que nosotros administramos mejor el dinero.»

Cura aprovechado

En Manzanares existe un cementerio viejo y un gran edificio sin terminar llamado el conventillo, ambos del Ayuntamiento.

Esto lo creo sin dificultad; no esto otro que se me dice:

Que un día que el cura párroco necesitó ladrillos y tablones para una obra que estaba haciendo, buscó al dependiente del municipio que tenía las llaves, se las sacó con un pretexto, y ¡hala! al conventillo con personal idóneo para extraer ladrillos, tablones y levantar pavimentos, elegir las maderas mejores, y llevarse todo en carros.

Que después abrió el cementerio viejo, mandó deshacer varios nichos, y cuando creyó que tenía bastantes ladrillos cargó los carros otra vez, y ¡en marcha! sin cuidarse de cómo quedaban los restos de los cadáveres que los nichos guardaban.

Que las llaves no parecieron después, y que al ser interrogado el cura por el Ayuntamiento acerca de aquella ligereza, falta, delito ó profanación, contestó que no había motivo para disgustarse, pues todo había quedado dentro de la población misma.

Y digo que no creo nada de eso, no por dudar de que haya curas capaces de hacer eso y mucho más, sino por no caberme en la cabeza que haya municipio tan supeditado al clero, tan olvidado de su deber y tan reñido con su dignidad, que tolere esos despojos y esas profanaciones por ser un cura quien las comete.

A menos que no tomase determinación ninguna por temor á que el cura tirara de la manta en algún asunto que le conviniera al municipio tener reservado; único caso en que se explicaría su silencio.

Unos cuantos ciudadanos y un periódico de Carrara contaron algunas picardías del canónigo de la Colegiata dom Borsi, casi todas ellas infracciones del sexto; el canónigo llevó á todos á los tribunales, y éstos han condenado á dom Borsi á pagar las costas y absuelto á los difamadores!

Pues una de dos:

O los jueces italianos faltan á su deber, ó los difamadores dijeron la verdad.

A elegir.

Yo, en mi modesta y honrada cualidad de impío, debo creer, parapeitado tras el fallo judicial, que el canónigo se atracaba de la fruta del árbol prohibido.

Es lo natural y corriente en la clase. Y lo lógico también.

Aquí de aquello:

Dicen que está escrito, y no sin razón, ser la privación causa de apetito.

Y como á los curas se les prohíbe faltar al sexto...

Glérigo valiente

El párroco de Valdecuna (Mieres) se iba á trompadas con cualquiera á las primeras de cambio.

Hace poco tiempo se casaron dos viudos, y como es costumbre en casi todos los pueblos de España, le dieron los chicos una cencerrada. Lióse el cura con los chicos, y los puso nuevos á palos.

Días después se encaró con un hermano de uno de los apaleados, y lo insultó, aplicando á sus hermanas el calificativo que las gentes aplican á muchas amas de cura, arrojándole de propina una botella, que, si choca con su cabeza, se la deshace.

El joven acudió á los tribunales, y en ellos está el asunto, y con mal cariz para el cura.

Hace tiempo trató de ver si el querellante retiraba la denuncia; negóse á ello, y á los pocos días se vió despedido de la Fábrica de Mieres donde desempeñaba el cargo de capataz de minas.

Para privar á un hombre de medios de subsistencia por no consentir que se insulte impunemente á sus hermanas, se necesita haber dicho muchas misas.

Y para hacerse cómplice de esa mala acción despidiendo de la Sociedad minera al obrero, es preciso haber oído muchas también.

Aquí el cura y la empresa están al mismo nivel.

Al nivel clerical; es decir, un poco más bajos que las suelas de los zapatos.

Correspondencia particular

Madrid.—J. V. L.—Gracias por cuanto me dice, mas no publico su artículo. Lo mismo hago con todos aquellos en que se me elogia. Lo de EL MOTIN diario es un sueño irrealizable.

La Carolina.—A. C.—Enterado de cuanto usted me dice respecto á los republicanos del Centenario, que no son como los pinta el Sr. Valverde, sino todo lo contrario.

Como usted comprende, yo no puedo publicar lo que usted me dice, por no estar autorizado por ellos para decirlo. Háganlo, y tendré mucho gusto en complacerlos.

Mirabueno.—T. S.—No inserto escritos de personas que no conozco, á menos que no vengan recomendados por algún suscriptor.

Carballino.—L. P.—Que en ese pueblo los hombres son liberales y las mujeres beatas; que ellas están siempre metidas en la iglesia y ellos no se lo impiden; que el cura manda, hace y deshace, y recomienda los periódicos de la Buena Prensa. Todo eso que usted me dice lo creo, porque ocurre en la mayoría de las poblaciones donde los hombres se levantan más tarde de la cama á fin de que la mujer se ponga los pantalones. Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores.

DE TRES PESELAS

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías, por José Nakens.

DE DOS

La religión al alcance de todos, por Ibarreta. (Encuadernada en tela, dos pesetas.)

Imp. de T. Rey. Alberto Aguilera, 8